

Una batalla que
nunca ganan
las armas



En esta semana el Ejército de El Salvador ocupó militarmente la Universidad de ese país. En las fotos de este deprimente acontecimiento vimos tanques, soldados armados en guerra —tan armados y agresivos como los que aparecen en las fotos de Viet-Nam—, jóvenes estudiantes brazos en alto (como los prisioneros de Viet-Nam), rifles que apuntaban. Escenas de guerra. ¿Contra quién? —Contra un sitio símbolo de la Cultura. Es, pues, una guerra-símbolo. El ENEMIGO es la Universidad.

El caso de El Salvador es el estallido bárbaro de una solapada hostilidad que aquí en Nicaragua está todavía en su etapa de "guerra fría". Pero ¿por qué es la Universidad el enemigo? ¿Es que el Ejército, por ser ejército o fuerza armada, es enemigo de la Cultura?

No. No confundamos Ejército y Militarismo. Un ejército puede ser garante de la legalidad (como lo es, de una manera peculiar, el Ejército mexicano), o de un cambio y hasta de una Revolución (como lo es, en una forma modelo, el Ejército chileno). El militarismo, en cambio, no puede ser garante, porque no está al servicio de la Nación ni del pueblo sino de sí mismo, o de un sector o de un partido. El militarismo no es ni siquiera el predominio, en cierto momento, de los militares en un país, sino el uso abusivo de la organización militar al servicio de un sector CONTRA los demás.

En América tenemos dos casos de gobiernos militares —Brasil y Perú— que son los polos opuestos y que nos pueden ayudar a diferenciar y matizar estos conceptos que estamos usando:

El caso de Brasil, con su ejército encapsulado y luchando violentamente contra todas las otras fuerzas progresistas es el caso del militarismo que se enquistó en sí mismo porque desconfía de todo cambio que no provenga del mismo ejército y lo considera amenazante para su estabilidad y predominio. El caso del Perú es el opuesto. El ejército asume una misión política y se convierte en factor de cambio, no contra las otras fuerzas vivas de la sociedad, sino asociándolas y, hasta el momento, dirigiéndolas. En Brasil el ejército vive en guerra perpetua contra el "terrorismo". Ha convertido en terror la libertad. Perú está tratando de unificar, cada día más, Ejército y Pueblo. Ha desarmado el extremismo porque ha convertido sus fuerzas armadas en liberadoras.

En Centroamérica, hasta hace poco, el militarismo consistía en el acaparamiento del poder militar por un partido político. Era un fenómeno de partidismo. Hoy el militarismo va perdiendo ese aspecto criollo —de "partido" armado— para convertirse en "clase" armada. Es decir, las fuerzas armadas están pasando a ser el instrumento de dominio, no de un partido político, sino de un sector económico. Antaño el "enemigo" era el "otro" partido. Las bajas y los presos eran de todas las clases. Lo que determinaba al "enemigo" era la "divisa". Hoy seguimos llamando "presos políticos" a los que, en realidad son presos "sociales". Hoy ya no mueren "conservadores". Mueren sindicalistas. Hasta hace poco las represiones se justificaban hablando de "conspiraciones". Hoy se justifican hablando de "subversiones".

Esta escalada de lo político a lo socio-económico del militarismo nos lleva directamente a contestar nuestra pregunta: ¿Por qué ahora es la Universidad el "enemigo"? ¿Por qué esa guerra, ya candente y abierta como en El Salvador, ya fría y solapada, como en Nicaragua, contra su autonomía?

Porque el militarismo juega sus cartas a favor del statu-quo socio-económico, y la Universidad —que es por esencia factor de cambio— aparenta serlo aún más porque es un baluarte de la juventud y toda juventud es renovación y cambio. El militarista cree que la Universidad es un foco de subversión. Dada la disciplina de los cuarteles —basada en la sumisión—, dada "la verticalidad autoritaria, dadas las formas dogmáticas de pensamiento y el esquematismo en la apreciación de los hechos" de la formación castrense, nada puede parecer más subversivo a su mentalidad que una Universidad que es o lucha por ser horizontalidad dialogante, libertad y cuestionamiento de todas las teorías y praxis, y semillero de las ideas nuevas que pugnan por sustituir a las viejas. El saber es una forma de rebeldía. Y esta es la eterna y grave equivocación del que tiene mente militarista o policíaca: creer que controlando la universidad y la cultura se podrá evitar que el saber produzca rebeldía o que la cultura produzca renovación y cambio; creer que prohibiendo unas cuantas lecturas e imponiendo unos cuantos profesores aprobados por la Seguridad, la sabiduría y la cultura dejarán de producir sus efectos liberadores. El resultado nunca se hace esperar. Al poco tiempo la Universidad vuelve a imponer su propia dialéctica liberadora. La universidad vuelve a ser

Universidad y todo lo que fue reprimido devuelvo con más violencia en forma de ideas y actitudes extremistas.

El militarista se ha creado un equívoco: cree que el "foco" de subversión es la Universidad, pero el "foco" de subversión es el mismo militarismo, es la opresión, es la fuerza al servicio de la injusticia. Es el "statu-quo" mantenido sobre las bayonetas, es su dique de violen-

cia institucionalizada, lo que lleva y presiona hacia el extremismo. Cuando una sociedad se abre al cambio: evoluciona. Cuando se cierra: provoca la violencia.

Ojalá que en nuestro país, señalado —desde la aparición de Rubén— para una misión predominantemente cultural en la historia de Centroamérica, existan suficientes militares con mentalidad humanista y civilizada como para evitar

que nuestro ejército se rebaje a dar el espectáculo deprimente que ha dado el de El Salvador. Hechos así sólo sirven para enlodar la imagen de la Patria ante el mundo. Un Ejército consciente de su dignidad nunca debe luchar contra la Cultura. Es la única batalla que nunca ganan las armas.